

LA FAMILIA INDIGENA EN EL CHOCO Y LA GUAJIRA

ALVARO CHAVES MENDOZA

Los grupos indígenas que actualmente viven en Colombia tienen diversos tipos de organización familiar, por lo tanto es imposible definir la "familia indígena", en un concepto sintetizado y unificador. Habría necesidad de estudiarla en cada uno de los casos y luego tratar de sacar conclusiones generales. Pero como el motivo que nos ocupa es el de la diferenciación de la familia en las diferentes comunidades y territorios del país, creemos que será más práctico describirla en aquellas agrupaciones indígenas donde presenta mayores diferencias con el tipo de familia del resto de Colombia. La Waunana y los Guajiro nos presentan dos buenos ejemplos de familias estructuradas de acuerdo a unos parámetros distintos a los del campesino y el habitante de nuestras ciudades.

La región del Chocó está considerada como la segunda zona en lluviosidad del mundo. Al hablar de los indígenas que la habitan esto debe tenerse en cuenta porque ellos están muy ligados a la naturaleza y su sistema de vida, su cultura y sus costumbres tienen estrecha relación con el medio ambiente. En la espesa y lluviosa selva chocoana viven dos agrupaciones de aborígenes a quienes llaman generalmente "cholos" y que son, específicamente, los Emberá del Atrato y sus afluentes, en el norte del Departamento, y los Waunana, al sur, en territorio bañado por el río San Juan.

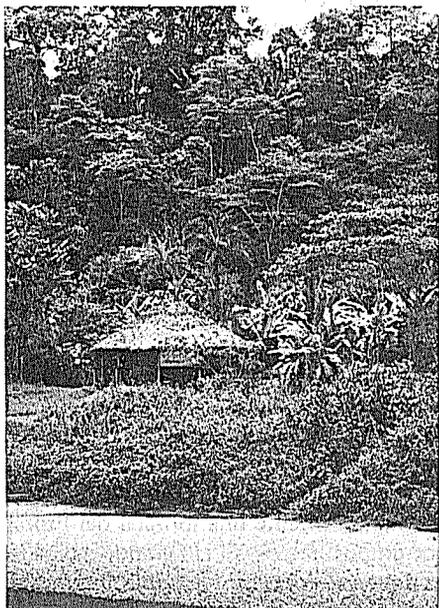
Los Emberá y los Waunana hablan idiomas pertenecientes a la familia lingüística Karib y han logrado sobrevivir gracias a que el medio ambiente los resguardó, pues la selva es hostil para el blanco. Desafortunadamente cuando esa selva sea penetrada por la carretera panamericana —y para ello faltan pocos años— será mucho más rápido el proceso de extinción de estas comunidades.

Los Waunana, o Noanamá, como también los llaman, habitan en la cuenca del río San Juan, principalmente en su desembocadura, que forma una extensa red acuática que se abre paso entre la selva de manglares para llegar al Océano Pacífico. Según datos aportados por el Ministerio de Gobierno, obtenidos de censos efectuados entre 1970 y 1980, son 2.140 individuos agrupados en 267 familias, que ocupan las cabeceras de ríos y quebradas tributarios del San Juan, distantes aproximadamente una jornada del litoral, pues en el Chocó la faja costera está ocupada por grupos negros. El río grande recibe las aguas de las quebradas y es en las orillas de éstas donde se concentra la población indígena, por diversas circunstancias, entre las cuales se destaca la de buscar un alejamiento de los sitios poblados por blancos y por negros, a quienes consideran usurpadores, oponentes, y enemigos, aunque traten de mantener con ellos unas diplomáticas relaciones de cordialidad.

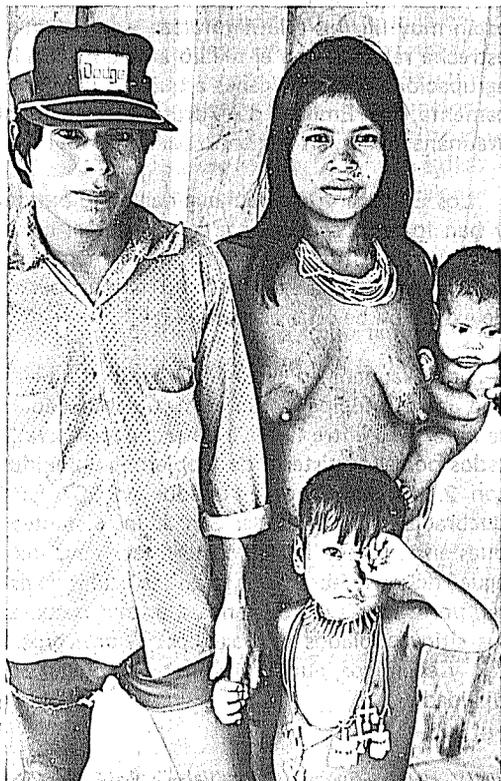
La División de Asuntos Indígenas define así a los Waunana: "indígenas dedicados a la pesca, caza, recolección y agricultura complementaria. Presentan problemas de saneamiento de títulos sobre sus territorios, escasez de vías de comunicación y precisión sobre territorios tradicionalmente ocupados. Su sistema económico requiere de extensiones relativamente grandes de tierra por persona para producir a niveles de subsistencia. La situación de salud de este grupo es deficiente y está agravada por las condiciones de inaccesibilidad de las zonas en que se asienta".

Vivienda y familia guardan una estrecha relación entre los Waunana. La familia cabe dentro de la denominación de extensa, en el sentido de guardar una unidad afectiva y una estrecha colaboración laboral, y residir los miembros de varias generaciones en una misma casa. En esa grande vive una pareja con sus hijos, nietos y aún biznietos. El sistema de residencia es patrilocal, o sea que al formarse una nueva pareja, se establecerá en la casa del hombre. Los hijos traen sus mujeres a la casa paterna y las hijas dejan su hogar para trasladarse a la de sus maridos. Los miembros masculinos del linaje estarán siempre juntos, mientras que las mujeres renovarán la familia extensa cuando lleguen a ella por matrimonio.

La autoridad familiar es patriarcal: es el padre, el abuelo o el bisabuelo quien tiene el mando, toma las decisiones y las hace ejecutar. La herencia de nombres, bienes y algunas veces cargos, es bilineal; el individuo lleva tanto el apellido paterno como el materno y se considera que pertenecé a las familias de sus dos progenitores. La tradición establece que este tipo de familia extensa y patrilocal permanezca ocupando la misma casa mientras



*Casa Waunana
Foto: Alvaro Chaves*



*Familia Waunana
Foto: Alvaro Chaves*

viva el padre o fundador; cuando él muera —y ya para entonces será abuelo o bisabuelo— cada uno de sus hijos se va a otro lugar, construye una nueva vivienda y establece su propia familia extensa. Como la pauta de poblamiento en esta sociedad es la de la vivienda dispersa, las nuevas casas quedarán distantes unas de otras, a lo largo de la quebrada, entre trescientos y quinientos. Cuando la abuela queda con vida, se va a vivir generalmente con el mayor de sus hijos.

La casa grande, el "tambo", es el lugar de habitación, unido estrechamente a la conformación y a la historia de la familia extensa. Generalmente esta vivienda la construye el hombre en el lugar estratégico donde un arroyo desemboca en una quebrada, o donde una quebrada tributa al río, de tal manera que se pueda contar con la cercanía de agua limpia para las necesidades vitales y con una corriente que se encargue de llevar los desechos y basuras.

En el Chocó hay muy pocos pueblos. Históricamente el poblamiento disperso es el más antiguo y por otra parte es el más aceptado y deseado. La concentración de casas en poblados fue una imposición de conquistadores y misioneros para lograr un más efectivo control de los grupos dominados. Los indígenas prefieren tener sus casas relativamente cercanas una a otras a lo largo de los ríos, pero no inmediatas; de esta manera se evita el agotamiento y deterioro de las tierras. Por otra parte, la unidad familiar se conserva mejor en este tipo de vivienda apartada, porque habrá una relación más intensa y constante entre todos los miembros de la familia. Cuando, por influencia del blanco, se forman los pueblos, inmediatamente la organización de familia extensa tiende a desaparecer para dar paso a la familia nuclear, o sea el padre, la madre y sus hijos habitando juntos, pero separándose los descendientes tan pronto llegan a la edad adulta, para formar nuevas familias, en nuevas residencias. En estos pueblos impuestos el deterioro organizacional familiar se exterioriza en el deterioro ambiental de las tierras desgastadas, en la acumulación de basuras, en el aumento del alcoholismo, la aparición de la prostitución, el resquebrajamiento de la autoridad paterna, la incompreensión intergeneracional y el considerable aumento de las enfermedades.

La vivienda dispersa y la familia extensa permiten que las actividades se centren en el padre, quien da la pauta y controla las funciones específicas de cada miembro de su grupo, pues desde los niños hasta los ancianos, cada persona tiene asignadas unas labores, de tal manera que se va escalonando todo un proceso de socialización, en el cual cada uno ayuda a que los demás ingresen y participen en la cultura, aprendiendo y compartiendo los comportamientos establecidos desde varias generaciones atrás, que son la tradición, o los aceptados hace menos tiempo, que conforman las costumbres.

Vivienda y familia integran entre los Waunana lo que podría denominarse la escuela, la institución educativa, porque en la casa y en la familia, es donde niños y niñas aprenden de sus mayores lo que necesitan para realizarse como adultos responsables. El padre enseña al niño a fabricar canoas quemando y raspando grandes troncos, a construir la casa, a cazar, a pescar y a todas las labores masculinas. A su vez la niña aprenderá, jugando, a ser mujer, al imitar diariamente a la madre en sus funciones domésticas, en la siembra y la cosecha y en el cuidado de los hermanitos.

Hombre y mujer se complementan para la labor agrícola; ellos tienen a su cargo la tumba o la roza —tumba cuando hay que derribar grandes árboles, roza cuando apenas se limpia una zona ya antes trabajada —y luego la quema, quedando así preparado el terreno



Madre Waunana
Foto: Alvaro Chaves



Niña Waunana
Foto: Alvaro Chaves

para que llegue la mujer a su función específica: sembrar, porque ella es la transmisora de la vida y debe colocar la simiente en la tierra para que brote la planta, y es ella también quien debe cosechar, recoger los frutos. Nunca se olvida en estos grupos la relación mágica entre la mujer y la tierra. Por eso la mujer menstruante no ejerce ninguno de estos oficios, puesto que en ese momento no es apta para la reproducción y por lo tanto no será tampoco válida su acción de sembrar o recoger en ese estado. El hombre tiene a su cargo lo que implica un mayor esfuerzo físico, como limpiar y deshierbar. También el hombre se reserva las labores de cacería con exclusividad, pero las de pesca las puede compartir con su consorte.

Entre los Waunana, como en casi todas las agrupaciones indígenas del país, el ciclo vital del individuo se desarrolla principalmente dentro del círculo familiar. La mujer da a luz en la vivienda —aunque antiguamente lo hacía a la orilla de la quebrada— ayudada por una parienta, acucillada y agarrada a una cuerda que amarran a una de las vigas del techo, en una posición mucho más de acuerdo con la ley de gravedad que la que han adoptado las culturas occidentales. El parto, el corte del cordón umbilical y los primeros cuidados del recién nacido se cumplen entre las mujeres. El hombre, representado en el curandero, llamado “jaibaná”— interviene para la ceremonia de la imposición del nombre; él institucionaliza en un ritual la entrada de un nuevo individuo al grupo.

“Jai” es el nombre dado por los Waunana al antepasado muerto, al ancestro, al espíritu de un familiar que ya se halla en la otra vida. El planteamiento básico de toda la estructura familiar y religiosa de estos indígenas es la suposición de que los lazos afectivos familiares son permanentes y no se acaban ni aún con la terminación de la vida terrestre, pues se prolongan para formar una unión constante entre vivos y muertos.

El hombre que en vida tuvo un comportamiento ejemplar, que se ajustó a las normas dadas por la cultura, se hizo por ello merecedor de convertirse en "jai", espíritu bueno que escucha y ayuda a quienes se han quedado en el mundo. Si por el contrario se portó indebidamente, irá al mundo subterráneo y se convertirá en "mojana" y saldrá por las noches a asustar a las gentes.

Los espíritus de los muertos tienen una relación directa con las personas vivas. Es decir: la relación familiar y afectiva se continúa después de la muerte y es básica para la supervivencia de las gentes del Chocó. El "jaibaná" es el intermediario, el que llama a los "jai" con sus cantos y oraciones, para que uno de ellos venga y se introduzca dentro de un muñequito de madera que se entrega al niño en el momento de la imposición del nombre, para que sea su juguete y al mismo tiempo su espíritu protector. De esa manera, los niños no solamente van a recibir el cuidado del padre, de los tíos, de la madre y, en general, de la familia, sino también de los parientes que están en el mundo de ultratumba. Tendrán la protección humana de sus familiares vivos y la protección mágica de sus familiares muertos.

Después de la imposición del nombre, comienza el proceso del aprendizaje y la socialización, que se cumple en la propia casa y bajo la guía de los familiares, tal como lo indicamos anteriormente. Desde luego, estamos refiriéndonos a la cultura tradicional de los Waunana, y debemos aclarar que se está dando, y con gran fuerza, una inducción al cambio en todas las costumbres que aquí estamos describiendo y que creemos está llevando a estos grupos a su disolución como unidades culturales propias.

Niño y niña se van encaminando armoniosamente, a medida que crecen, hacia su estabilización en el mundo de los adultos. La pubertad, ese importante cambio en la vida humana, que ritualizan casi todas las sociedades, entre los Waunana se cumple de manera sencilla en el hombre y compleja en las mujeres. Se supone que el muchacho se puede casar y llevar la esposa a la casa de su padre cuando, a los catorce años aproximadamente, es capaz de dar un rendimiento en la caza, en la pesca, en la consecución de alimentos y en la fabricación de arcos, flechas, trampas, arpones y desde luego, remos, canoas y casas. Para la mujer existe un ceremonial específico; ya de por sí anunciado por el hecho biológico de la primera menstruación, que al aparecer implica que la muchacha sea llevada al río a purificarse. Allí dura todo el día metida en el agua, apenas con la cabeza asomada. Y como el río es la principal vía de comunicación de la selva, todos los que pasan en sus canoas se enteran de la noticia: ha muerto una niña y ha nacido una mujer, porque tal es la significación dada por ellos a este acontecimiento. Viene luego una complicada serie de actos rituales que incluyen el corte del pelo, la prohibición de la sal, las comidas blancas y blandas, el descanso en un lecho de hojas, la prohibición de los movimientos rápidos, el aislamiento y la vestimenta de un capuchón de hojas de plátano en caso de tener necesidad de salir. En fin, un conjunto de acciones mágicas y de prohibiciones que no es el caso describir con detalle, pero lo cierto es que esa muerte y ese nacimiento simbólicos se realizan y se institucionalizan allí en la casa, en el ámbito familiar, porque cuando llega el momento de la gran fiesta para hacer partícipe a los vecinos y parientes, la vivienda toma la función de casa ceremonial y allí llegarán, llamados por los tambores, gentes de cerca y de lejos, desde las cercanías de Istmina hasta las bocas del río San Juan.

En esta ceremonia de iniciación la acción más importante es la de la participación de los "jai"; también entonces los espíritus de los muertos deben venir y estar presentes,

deben bajar a beber la chicha que los vivos, por intermedio de su "jaibaná", les ofrecen en totumas colmadas, colocadas bajo grandes hojas de palma, en el centro del recinto. La chicha es la bebida sagrada, con maíz mascado por las muchachas jóvenes, y sirve como elemento indicador de la aceptación del convite que hace una familia a sus parientes de ultratumba, para que intervengan en el más allá, ante Ewandama, el dios creador, en favor de la nueva mujer.

Igual participación de parientes reales y espirituales tiene lugar en todas las ocasiones solemnes de la vida de los Waunana. Vivos y espíritus de muertos se reúnen, por la acción mágica del "jaibaná", con ocasión de la curación de enfermedades. Es entonces cuando los "jai" deben demostrar su relación familiar con el enfermo y sus parientes, influyendo en las fuerzas del mal para que lo dejen tranquilo. También en el matrimonio se llama a los "jai", para que sirvan de testigos de la nueva unión, que sólo puede realizarse si los contrayentes tienen entre sí una relación de parentesco más lejana que la de primos hermanos. Entre los Waunana la monogamia es la regla para la formación de las familias.

La muerte vuelve a reunir a todo el grupo. Es el rito de paso definitivo, cuando el individuo, de acuerdo con su comportamiento en la vida, puede ingresar al mundo de los "jai" o sumirse en las tinieblas subterráneas.

Como en el Chocó no han existido tradicionalmente caciques, la autoridad emana del jefe de familia. Cada padre de familia extensa es el jefe de su propio grupo y cuando se trata de tomar decisiones que afecten a la tribu, se reunirán los padres y abuelos, los mayores y de más experiencia en cada familia. El proceso de cambio ha establecido en la actualidad jefaturas, a veces condicionadas a la votación libre de los individuos, a veces emanadas de personas o instituciones del mundo blanco.

El solterismo en los Waunana poco se dá. Como en casi todos los grupos indígenas, los solteros son la excepción, no la regla. La mayoría de los individuos estabilizan su situación a muy temprana edad, formando familias que entrarán a someterse a la tutela de los familiares del novio. Todo el proceso de socialización y aprendizaje, todo el acontecer de acciones que conforma la existencia, en el Waunana está íntimamente relacionado con la familia. Podríamos decir, sin exagerar, que el cordón umbilical que ata al hombre Waunana con su grupo familiar no se rompe nunca. En cambio en la mujer su pubertad, a la vez que implica la muerte de la niña, establece su instalación definitiva en el grupo familiar de su consorte.

Las casas del Chocó son muy grandes, de planta circular y sin paredes, con techos cónicos de paja y pisos elevados sobre pilotes. La alta techumbre da sombra y protege del calor y de la lluvia. Y como muchas de las actividades de la gente se desarrollan dentro de la vivienda por lo lluvioso de la región, la casa viene a ser un escenario donde se representa la vida, con decorados que van cambiando a medida que transcurren las horas del día, desde las cuatro de la mañana, cuando se arma el trapiche en el centro para moler la caña, hasta el anochecer cuando cada hijo con su esposa y sus niños arma un pequeño toldo para dormir dentro, de tal manera que el gran recinto parece un pequeño pueblo de casitas blancas.

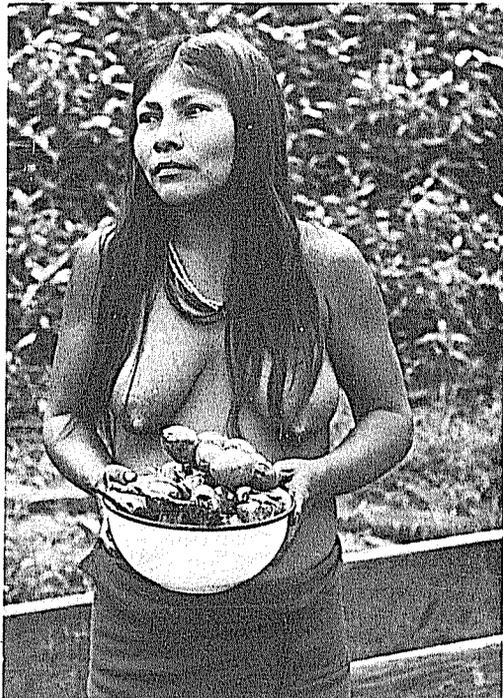
Los Waunana practican la endogamia tribal, o sea que no pueden casarse sino con personas de la misma tribu; pero siguen las leyes de exogamia con sus primos hermanos, no aceptándolos como cónyuges. La unión de un indígena con una persona de otra raza es mal vista y recibe de inmediato el rechazo social; la pareja tendrá que irse a vivir fuera del territorio tribal.

Si es aceptado que la familia es la célula social, en el caso de los Waunana tenemos un ejemplo patente de este aserto. La religioso, la político, lo económico y lo social se concentran en torno a la institución familiar.

Veamos ahora un tipo diferente de familia: la de los Guajiro, un grupo indígena que vive en la península de su nombre, al norte de Colombia, tierra baja, árida, seca y soleada, donde el principal problema es la falta de agua. Son 87.000 individuos agrupados en 13.300 familias, según los datos censales anteriormente nombrados. A ellos los describe la División de Asuntos Indígenas como "una sociedad dedicada al pastoreo y al comercio. Se desconoce el estatuto legal de la ocupación territorial de este grupo, bastante integrado a la economía nacional a través del comercio, y está familiarizado con el jornaleo, al menos estacional, ante la imposibilidad de lograr la autosuficiencia alimentaria. En la zona indígena de la Guajira la falta de agua es el problema más agudo. Igualmente, la escasa presencia institucional del Estado Colombiano resulta en una baja prestación de servicios para este grupo".

Los Guajiro eran pescadores, recolectores y agricultores incipientes en el momento de la conquista española, pero se volvieron pastores al llegar del Viejo Mundo los animales domésticos como las vacas, caballos, burros, ovejas y principalmente las ca-

Mujer Waunana - Foto: Alvaro Chaves



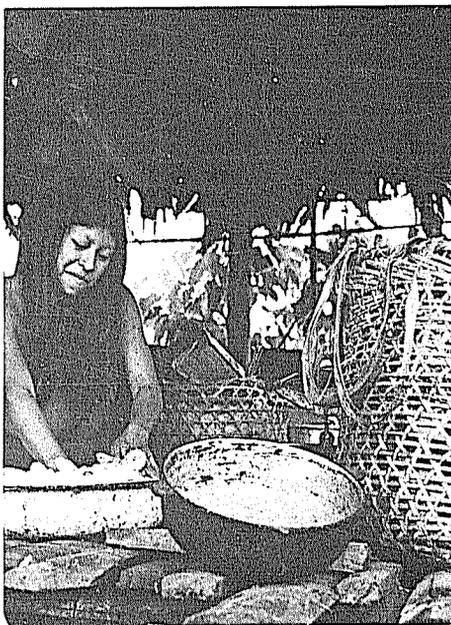
*Niño Waunana
Foto: Alvaro Chaves*

bras, que les permitieron un mejor aprovechamiento de su medio ambiente, poco adecuado para una eficiente explotación agrícola.

El caso de los Guajiro es notable en cuanto han sabido conservar una enfatizada identidad étnica, a pesar de haber participado y haber participado activamente en el proceso de cambio económico, social, político y religioso que ha afectado a nuestro país desde el siglo XVI hasta el presente. La Sociedad Guajira se aferra a su cultura exaltando su tradición y conservándola aun cuando en algunos de sus componentes se oponga a las costumbres del resto de Colombia, y en algunos casos aun cuando se oponga a las propias leyes colombianas.

Uno de esos casos es el de la familia. Desde la época prehispánica en la Guajira impera una familia patriarcal, matrilineal y poligámica. Es patriarcal porque la autoridad está en el hombre y matrilineal porque en cuanto a herencia y pertenencia, un individuo solamente pertenece a la familia de su madre y hereda apellidos y bienes solamente de sus tíos maternos. Podemos decir que en la familia Guajira las leyes sociales no van de acuerdo con las leyes biológicas, puesto que al grupo únicamente le importa la filiación uterina y al padre, aunque se le reconoce su papel biológico, no se le otorga ninguna autoridad social sobre sus hijos, para quienes no tiene obligaciones relativas a enseñanza y socialización; y de quienes no espera obediencia ni reconocimiento de autoridad. En la familia el padre social es el tío, hermano de la madre; él se encarga de la formación y educación de sus sobrinos y a ellos traspasa su apellido y su herencia. El padre, despojado de los derechos y deberes que en otras sociedades le determinan una imagen de respeto y rigor, se convierte en este grupo en lo que es el tío para las sociedades bilineales de las zonas rurales y urbanas del resto de Colombia: la figura simpática y grata de un compañero cordial a quien se puede consultar pero no se tiene que acatar. Vemos en esto una transposición de valores, un cambio de funciones en los hombres de la familia, que sin embargo no altera el funcionamiento global de la institución.

*Mujer Waunana
Foto: Alvaro Chaves*



Los Guajiro practican la poligamia, o sea que su cultura les permite tener varias esposas; pero debe pagar por ellas un precio, tanto más elevado cuanto mayores sean el prestigio, la belleza y la riqueza de la pretendida. No se debe dar a esta costumbre la connotación de compra de la mujer como si se tratara de un objeto; el planteamiento correcto es que la mujer vale mucho y por tanto nadie la puede obtener gratuitamente. Una mujer valdrá tanto o más que lo que dieron por su madre y lo recibido por la hija mayor es para la familia del padre, pero el dinero o los bienes que lleguen por el matrimonio de las hijas restantes, serán para la familia de la madre. Virginidad, belleza física y preparación para las labores de esposa y madre, son las principales cualidades buscadas por el varón en el momento de elegir su consorte.

Poligamia y régimen de herencia matrilineal están en abierto desacuerdo con la legislación colombiana, en la cual la bigamia se pena con encarcelamiento y el legado de bienes a los hijos es obligatorio. Sin embargo, los Guajiro anteponen sus costumbres ancestrales a la ley implantada por el hispano y continúan conformando sus familias con un hombre y varias mujeres que, aunque no sean sus esposas legítimas ante la ley colombiana, lo son para su sociedad. Y continúan también legando tierras y bienes a sus sobrinos hijos de hermanas, aunque con algunos casos ello se preste a enfrentamiento con las disposiciones legales y pueda degenerar en sangrientas luchas entre clases.

El clan, o sea el conjunto de familias matrilineales que llevan un mismo apellido y que se sienten identificadas con un animal totémico —el tigre, la serpiente, la lagartija, la mariposa, el burro— es la institución social más fuerte en la Guajira. En realidad allí lo individual no cuenta; la persona pertenece a su clan y debe actuar de acuerdo a lo que éste le determine en todos los momentos de su vida; a su vez, el clan se responsabiliza por las actuaciones personales de cada uno de sus miembros. Ningún otro grupo indígena en Colombia tiene tan arraigado el sentido de lo comunitario, ni es tan celoso del cumplimiento de las normas claniles.

Aunque en la Guajira existe una tendencia hacia la matrilocalidad, es decir al establecimiento de las hijas con sus maridos en la misma casa materna o en sus cercanías, no es ésta una norma rígida, pues allí el seminomadismo es lo imperante, porque así lo determina la circunstancia ambiental de la falta de lluvia durante casi todo el año, la sequedad del suelo y la necesidad de andar casi todo el tiempo buscando nuevos lugares para el pastoreo del ganado y la cercanía del agua.

La relación entre los vivos y los muertos tiene en la Guajira un sistema muy parecido al del culto a los ancestros de los Waunana del Chocó. La unidad familiar, establecida socialmente por la incorporación del recién nacido al clan de la madre, no se rompe y presenta una continuidad que sobrepasa las fronteras naturales y penetra a los terrenos de la vida de ultratumba. El sacerdote intermediario es el "piache", quien solicita la ayuda de los espíritus ancestrales para que contrarresten las fuerzas del mal y prosperen por la plenitud de la existencia en la tierra.

BIBLIOGRAFIA

- ASCHMANN, Homer H. *The cultural vitality of the Guajiro Indians of Colombia and Venezuela*. Aktes der 34 Amerikanisten Kongress. Viena. 1967.
- ARMSTROG AND METRAUX. *The Guajiro. Handbook of South American Indians*". Vol. IV. Washington. 1957.
- BENNET, John W. *Northern Plainsmen, adaptive strategy of agrarian life*. Aldine St Louis. Washington University. 1969.
- CHAVEZ, Milciades. *La Guajira una región y una cultura de Colombia*. Revista Colombiana de Antropología Vol. 1 Bogotá. (1953).
- EASTMAN, Jorge Mario. *Política indigenista*. Bogotá. Ministerio de Gobierno, 1982.
- ERNST, Adolfo. *La posición etnográfica de los indios Guajiro*. Boletín indigenista venezolano. Caracas. Vol. 7
- GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia. *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá. ColCultura, 1975.
- GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia. *Organización social en la Guajira*. Revista del Instituto Etnológico Nacional. Bogotá. 1950.
- MANZINI, Giorgio Mario. *Indígenas e indigenismo en el Chocó, Medellín (s.n.)* 1974.
- PINEDA, Roberto y Virginia Gutiérrez de Pineda. *En el mundo espiritual del indio Chocó*. Miscelánea Paul Rivet. México (s.n.), 1958.
- REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. *Notas etnográficas sobre los indios del Chocó*. Revista Colombiana de Antropología. Bogotá. Vol. 9, (1960).
- SANTA CRUZ, Antonio. *Acquiring status in Guajiro Society*. Anthropological Quarter. Washington. No. 33 (1960).
- STOUT, David. *The Choco*. Handbook of American Indians. Washington, Vol. 4 (1948).
- SUAREZ SANDOVAL, Berta. *Los Noanamá y Waunana del Chocó*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Depto. Antropología, 1977 (Tesis de grado).
- WATSON C. LAWRENCE. *The Inheritance of livestock in Guajiro Society*. Antropología. Caracas No. 23 (1967).
- WILBERT, Johannes. *Kinship and social organization of the Yekuana and Guajiro*. Southwestern Journal of Anthropology. Albuquerque. Vol. 14, No. 1, (1958).